

Que trata de la aventura de la cabeza encantada, con otras niherias, que no pueden dejar de contarse.

Don Antonio Moreno se llamaba el huésped de Don Quijote, caballero rico y discreto, y amigo de holgarse á lo honesto y afable, el cual, viendo en su casa á Don Quijote, andaba buscando modos cómo, sin su perjuicio, sacase á plaza sus locuras, porque no son burlas las que duelen, ni hay pasatiempos que valgan si son con daño de tercero. Lo primero que hizo fué, hacer desarmar á Don Quijote, y sacarle á vistas, con aquel su estrecho y acamuzado vestido (como ya otras veces le hemos descrito y pintado), á un balcon que salia á una calle de las mas principales de la ciudad, á vista de las gentes y de los muchachos, que, como á mona, le miraban. Corrieron de nuevo delante dél los de las libreas, como si para él solo, no para alegrar aquel festivo dia, se las hubieran puesto; y Sancho estaba contentísimo, por parecerle que se habia hallado, sin saber cómo ni cómo no, otras bodas de Camacho, otra casa como la de Don Diego de Miranda, y otro castillo como el del duque. Comieron aquel dia, con Don Antonio, algunos de sus amigos, honrando todos y tratando á Don Quijote como á caballero andante, de lo cual, hueco y pomposo, no cabia en sí de contento. Los donaires de Sancho fueron tantos, que de su boca azdaban como colgados todos los criados de casa, y todos

cuantos le oían. Estando á la mesa, dijo Don Antonio á Sancho: "Acá tenemos noticia, buen Sancho, que sois tan amigo de manjar blanco y de albondiguillas, que, si os sobran, las guardais en el seno para el otro día.—No, señor, no es así, respondió Sancho, porque tengo mas de limpio que de goloso; y mi señor Don Quijote, que está delante, sabe bien que con un puño de bellotas ó de nueces nos solemos pasar, entrambos, ocho días: verdad es que, si tal vez me sucede que me dén la vaquilla, corro con la soguilla; quiero decir, que cómo lo que me dan, y uso de los tiempos como los hallo; y, quien quiera que hubiere dicho que yo soy comedor aventajado, y no limpio, téngase por dicho que no acierta; y de otra manera dijera esto, si no mirara á las barbas honradas que están á la mesa.—Por cierto, dijo Don Quijote, que la parsimonia y limpieza con que Sancho come, se puede escribir y grabar en láminas de bronce, para que quede en memoria eterna en los siglos venideros. Verdad es que, cuando él tiene hambre, parece algo tragon, porque come apriesa y masca á dos carrillos; pero la limpieza siempre la tiene en su punto; y, en el tiempo que fué gobernador, aprendió á comer á lo melindroso, tanto, que comia con tenedor las uvas, y aun los granos de la granada.—¡Cómo! dijo Don Antonio; gobernador ¿ha sido Sancho?—Sí, respondió Sancho, y de una ínsula, llamada la *Barataria*. Diez días la goberné á pedir de boca: en ellos perdí el sosiego, y aprendí á despreciar todos los gobiernos del mundo: salí huyendo della; caí en una cueva, donde me tuve por muerto, de la cual salí vivo por milagro." Contó Don Quijote, por menudo, todo el suceso del gobierno de Sancho, con que dió gran gusto á los oyentes. Levantados los manteles, y tomando Don Antonio por la mano á Don Quijote, se entró con él en un apartado aposento, en el cual no había otra cosa de adorno que una mesa, al parecer de jaspe, que, sobre un pié de lo mismo, se sostenia, sobre la cual estaba puesta, al modo de las cabezas de los emperadores romanos, de los pechos arriba, una que semejaba ser de bronce. Paseóse Don Antonio con Don Quijote, por todo el aposento, rodeando muchas veces la mesa; despues de lo cual, dijo: "Ahora, señor Don Quijote, que estoy enterado que no nos oye y escucha alguno, y está cerrada la puerta, quiero contar á vuesa merced una de las mas raras aventuras, ó, por mejor decir, novedades, que imaginarse pueden, con condicion que, lo que á vuesa merced dijere, lo ha de depositar en los últimos retretes del secreto.—Así lo juro, respondió Don Quijote, y aun le echaré una losa encima para mas seguridad; porque quiero que sepa vuesa merced, señor Don Antonio (que ya sabia su nombre), que está hablando con quien, aunque tiene oídos para oír, no tiene lengua para hablar: así que, con seguridad, puede vuesa merced trasladar, lo que tiene en su pecho, en el mio, y hacer cuenta que lo ha arrojado en los abismos del silencio.—En fe desa promesa, respondió Don Antonio, quiero poner á vuesa merced en admiracion con lo que viere y oyere, y darme á mí algun alivio de la pena que me causa no tener con quien comunicar mis secretos, que no son para fiarse de todos." Suspenso estaba

Don Quijote, esperando en qué habian de parar tantas prevenciones. En esto, tomándole la mano Don Antonio, se la paseó por la cabeza de bronce y por toda la mesa, y por el pié de jaspe sobre que se sostenia, y luego dijo: "Esta cabeza, señor Don Quijote, ha sido hecha y fabricada por uno de los mayores encantadores y hechiceros que ha tenido el mundo, que creo era polaco de nacion, y discipulo del famoso Escotillo, de quien tantas maravillas se cuentan, el cual estuvo aquí en mi casa, y, por precio de mil escudos que le dí, labró esta cabeza, que tiene propiedad y virtud de responder á cuantas cosas al oído le preguntaren. Guardó rumbos, pintó caracteres, observó astros, miró puntos, y, finalmente, la sacó con la perfeccion que veremos mañana, porque los viernes está muda, y hoy, que lo es, nos ha de hacer esperar hasta mañana. En este tiempo, podrá vuesa merced prevenirse de lo que querrá preguntar; que, por experiencia, sé que dice verdad en cuanto responde." Admirado quedó Don Quijote de la virtud y propiedad de la cabeza, y estuvo por no creer á Don Antonio; pero, por ver cuán poco tiempo habia para hacer la experiencia, no quiso decirle otra cosa sino que le agradecia el haberle descubierto tan gran secreto. Salieron del aposento; cerró la puerta Don Antonio, con llave, y fuéronse á la sala donde los demás caballeros estaban. En este tiempo, les habia contado Sancho muchas de las aventuras y sucesos que á su amo habian acontecido. Aquella tarde sacaron á pasear á Don Quijote, no armado, sino de rua, vestido un balandran de paño leonado, que pudiera hacer sudar en aquel tiempo al mismo hielo. Ordenaron con sus criados, que entretuviesen á Sancho de modo, que no le dejasen salir de casa. Iba Don Quijote, no sobre Rocinante, sino sobre un gran macho, de paso llano, y muy bien aderezado. Pusiéronle el balandran, y en las espaldas, sin que lo viese, le cosieron un pergamino, donde le escribieron con letras grandes: *Este es Don Quijote de la Mancha*. En comenzando el paseo, llevaba el rétulo, los ojos de cuantos venian, á verle; y como leían: *Este es Don Quijote de la Mancha*, admirábase Don Quijote de ver que, cuantos le miraban, le nombraban y conocian; y, volviéndose á Don Antonio, que iba á su lado, le dijo: "¡Grande es la prerogativa que encierra en sí la andante caballería, pues hace conocido y famoso, al que la profesa, por todos los términos de la tierra! si no, mire vuesa merced, señor Don Antonio, que hasta los muchachos desta ciudad, sin nunca haberme visto, me conocen.—Así es, señor Don Quijote, respondió Don Antonio; que, así como el fuego no puede estar escondido y encerrado, la virtud no puede dejar de ser conocida; y, la que se alcanza por la profesion de las armas, resplandece y campea sobre todas las otras." Acaeció pues, que, yendo Don Quijote con el aplauso que se ha dicho, un castellano, que leyó el rétulo de las espaldas, alzó la voz, diciendo: "¡Válgate el diablo por Don Quijote de la Mancha! ¿cómo que hasta aquí has llegado, sin haberte muerto los infinitos palos que tienes á cuestras? Tú eres loco; y, si lo fueras á solas y dentro de las puertas de tu locura, fuera menos mal; pero tienes propiedad de volver locos